

El habitante

Ana B. de Haro



Image not found.

Capítulo 1

1

De entre todos los días del calendario, organizó la mudanza en el día más lluvioso del año. Mientras intentaba conducir, perdiendo ligeramente el control del coche, la lluvia cada vez dificultaba con mayor intensidad la labor del limpiaparabrisas. Aún así, el trayecto hacia su nuevo hogar la hizo reflexionar sobre las pocas ocasiones en las que se enfrentaba a una situación estresante como aquella, ella sola.

Habían pasado apenas cuatro meses desde que terminó el proceso de divorcio, después de seis años de matrimonio con un hombre mucho mayor que ella. Cuando decidió contraer matrimonio, era demasiado joven como para suponer que, no demasiados años más tarde, se vería a sí misma cohibida y despojada de toda personalidad por medio de un hombre que seguía viéndola como la casi adolescente con la que se casó. Después de aquellos cuatro meses de un tortuoso proceso de divorcio, se preguntaba si había estado casada con un depravado sexual, con una atracción específica hacia la adolescencia, y le daban escalofríos.

Afortunadamente, transcurridos esos seis años, y habiéndose graduado de Enfermería, se sentía mucho más válida e independiente; o, al menos, lo suficiente como para decidir divorciarse y mudarse a la zona de la ciudad más alejada de donde vivió seis años con su exmarido. Sin embargo, el día en que por fin comenzaría una nueva vida alejada de su pasado se convertiría en el día más lluvioso del año. Y el problema no era en sí la lluvia, sino tener que cargar todas las cajas en el coche, conducir con visión reducida, y descargar de nuevo todo el equipaje en el porche de su nueva casa. Con todo esto, se sentía realizada haciendo, por fin, algo por sí misma, sin ayuda, y sin la atenta mirada paternalista de su ex.

Así pues, aparcó el coche, como pudo, en el porche, y comenzó a vaciar el maletero, calándose hasta los huesos. Conforme colocaba las cajas delante de la puerta principal, volvía a por una nueva, empapándose más cada una de las veces. Mientras tanto, colocó las llaves de la casa bajo el felpudo de la entrada. Y, al fin, abrió la puerta, y dio comienzo a su nueva vida.

Ya que había comprado la casa de segunda mano, ya estaba prácticamente toda amueblada. Lo único que tuvo que traer consigo fue ropa, libros y objetos de decoración. Y, teniendo en cuenta que de entre todos esos objetos, una generosa parte le recordaban a su antiguo marido, muchos de ellos acabarían parando en la basura.

Su nueva casa cobró una forma más parecida a la de un hogar una vez hubo tomado un baño caliente y comido algo. Aún así, le costaba cierto esfuerzo acostumbrarse a estar sola, a esas horas de la noche, y sabiendo que seguiría estándolo conforme pasaran las horas, y que seguiría estándolo la mañana siguiente. Supuso que acostumbrarse a la soledad formaba parte de su recién estrenada independencia.

Encendió el televisor, e intentó hacer como si aquella escena, ella, en su propia casa, viendo las noticias de la noche, fuese una postal de lo más rutinaria. No resultó útil, ya que parecía ser que, tras toda su vida viviendo en compañía, la soledad estaba comenzando a provocarle cierto nivel de ansiedad. Así que, con afán de mantenerse activa hasta la hora de ir a dormir, comenzó a explorar a fondo su nuevo hogar.

Echó un vistazo al recibidor, donde había colocado fotografías. No le gustaban, pero si quería llamar hogar a esas cuatro paredes, debía decorarla de forma que pareciese un lugar familiar. Un lugar con historia. El problema era que, en aquellas imágenes, aparecían personas que ya no ocupaban un lugar en su vida, muy a su pesar. Su familia, cuando decidió casarse con un hombre dieciocho años mayor que ella, la tomó por inmadura, impulsiva, y la dio de lado, hasta entonces. Y, cuando decidió divorciarse, no les comunicó la noticia por miedo a un segundo rechazo. Así pues, las únicas personas con las que mantenía relación eran sus compañeros de trabajo, en el hospital. Pero con ellos nunca se había tomado fotos.

Subió las escaleras y entró en la única habitación de la casa que estaba vacía. Los anteriores inquilinos se habían llevado todos los muebles, o eso le contó el agente inmobiliario. Le pareció que había tenido suerte en encontrar aquella habitación vacía, pues era bastante grande y espaciosa, y podría colocar un despacho. Después se dirigió a su dormitorio, mientras escuchaba, a lo lejos, el televisor encendido en el salón. Por el camino, miró de reojo el baño, y algo llamó su atención: con ayuda de la poca luz de la luna que entraba por una pequeña ventana, vio un objeto en el lavabo. Encendió la luz, y encontró una cuchilla de afeitar. No se podía distinguir si había sido usada o no, pero no conservaba la tapa. Un poco extrañada, decidió no darle importancia e imaginó que debió caérsele al colocar otros materiales en el botiquín.

Entró en el dormitorio y se tumbó en la cama. De repente, la invadió el tremendo cansancio de la mudanza. Cerró los ojos, prometiéndose que no serían más que unos segundos y que bajaría para apagar el televisor y las luces del salón antes de meterse en la cama. Pero, de repente, algo la hizo abrir los ojos de par en par: mientras intentaba mantenerse despierta cuando el sueño la invadía, escuchó unos sonidos provenientes de la parte de la planta baja, parecidos a unos crujidos. Por un momento, su ritmo

cardíaco aumentó hasta alcanzar un ritmo estratosférico al pensar que aquellos crujidos fuesen pisadas, y dudó entre bajar a comprobar qué los provocaba, o encerrarse en el dormitorio.

Ya que no volvió a escuchar ningún sonido, decidió bajar a comprobar qué había provocado esos ruidos, preguntándose por qué no había optado por compartir piso con alguna de sus compañeras de trabajo, o haber intentado recuperar relaciones con su familia. Quizás no hubiese sido tan complicado recuperar el tiempo perdido, y ahora no se vería a sí misma batallando por acostumbrarse a vivir completamente sola en una casa de dos plantas en la que el suelo crujía.

Revisó el salón y la cocina. Incluso echó un vistazo al porche a través de la ventana. Y, efectivamente, continuaba estando sola. Se preguntó si el vivir sola implicaría, de vez en cuando, temer cualquier sonido procedente de algún lugar de la casa. En ese momento, volvió a respirar más tranquila y se rió de sí misma. Apagó el televisor y las luces, subió al dormitorio, y se metió en la cama.

3

La noche transcurrió sin sobresaltos. Solo la interrumpieron un par de desvelos pasajeros, donde apenas distinguía entre la realidad y el sueño. De hecho, este último fue tan reparador que, una vez despertó, se sentía tan activa que no pudo volver a dormirse, a pesar de ser las seis de la mañana: una hora y media antes de que sonase el despertador. Aquel día, su turno en el hospital comenzaba a las nueve, y debía tener tiempo de sobra para tomar una ducha y tomar la que sería, probablemente, su última comida sólida hasta que acabase el turno bien entrada la tarde.

Se levantó de la cama casi de un salto, y fue al baño a lavarse la cara. Fue en ese momento cuando recordó la misteriosa aparición de una cuchilla de afeitar en el lavabo, la noche anterior. A pesar de que el recuerdo la perturbó, decidió continuar sin darle importancia y seguir adelante con el buen humor con el que había comenzado el día.

Bajó las escaleras como una exhalación mientras planificaba el desayuno. Si en algo era resuelta, además de en el ejercicio de la enfermería, era en los huevos a la plancha por la mañana. Los años que estuvo casada, siempre cocinó tanto para ella como para su ex, y se alegraba de no tener que pensar salvo en lo que a ella misma le apetecía de comer. No obstante, algo la detuvo de camino a la cocina.

Cuando bajó las escaleras, vio un papel junto a la puerta principal, en el suelo. De repente, comenzó a sentir la misma sensación que la noche anterior, cuando escuchó crujidos, y un escalofrío le recorrió toda la espalda, hasta alcanzarle la nuca. Se acercó muy lentamente hacia la nota y, cuando la tomó en sus manos y la leyó, pareció como si el suelo

hubiese desaparecido bajo sus pies.

Pronuncia tus últimas palabras, pues desaparecerás dentro de un pequeño plazo de tiempo. Te encontrarás en peligro cada momento. No habrá lugar al que puedas huir. Nunca fallamos.

Ayer seguimos tu pista.

Estas eran las palabras que rezaba la pequeña nota, y que la dejaron sin respiración durante unos segundos. Parecía que la habían pasado por debajo de la puerta, durante la noche, o aquella misma mañana. Cuando recuperó el aliento, miró hacia ambos lados; se sentía observada. Sin embargo, no tenía valor para darse la vuelta, pues sentía que la persona que le había enviado aquella nota podría estar detrás de ella, en ese mismo momento. Permaneció frente a la puerta, inmóvil, durante varios minutos. En ese momento fue cuando más notó la soledad: cuando no podía recurrir a nadie. Estaba sola.

Cuando por fin se atrevió a darse la vuelta, no se encontró con el autor de la nota. Simplemente se topó de frente con sus escaleras, las mismas por las que había bajado felizmente hacía tan solo unos minutos, cuando su única preocupación era elegir el desayuno. Se cuestionó la fragilidad de la vida y cómo puede ponerse patas arriba en tan solo unos instantes.

Volvió a leer la nota; esta vez, con mucha más calma. Reflexionó, y pensó que cualquiera podría haber deslizado un papel por debajo de la puerta, con afán de gastar una broma de muy mal gusto a la nueva inquilina del barrio. También se preguntó si aquella nota tendría relación con los crujidos—o pisadas—que había escuchado la noche anterior; desechó la idea casi de inmediato. En un afán por serenarse, decidió volver a planificar el desayuno. Huevos a la plancha: nunca fallaban.

4

Su turno comenzó tranquilo: visitas a unos cuantos pacientes en planta, sin sobresaltos. Durante el descanso—en el cual no ingirió nada sólido—comentó el incidente de la nota amenazante con dos compañeras. A pesar de que ambas se asustaron, solo una de ellas le recomendó tomar cartas en el asunto, y llevar la nota a la policía.

-Puede que solo haya sido una broma pesada, Julia, pero, aún así, yo me quedaría más tranquila si avisaras a la policía—su compañera le aconsejaba mientras mordisqueaba un sándwich transgénico de la máquina expendedora—Imagina que al gracioso que lo haya hecho le da por llevar la broma más lejos.

Y tenía razón. A pesar de sus intentos por olvidarlo, la misteriosa nota le había afectado demasiado. Aún así, pensó en esperar antes de acudir a las

autoridades, ya que confiaba en que todo el asunto no fuese más que una broma o, incluso, una confusión. ¿Quién dice que el autor de la nota no se equivocó de portal? Al fin y al cabo, ella no tenía enemigos. Siempre se había llevado bien con todo el mundo, y el divorcio de su exmarido había acabado en una relación cordial. Por tanto, no tenía sentido que nadie la amenazase con acabar con ella.

Lo que más la perturbaba era la persona desde la cual estaba redactada la nota, en plural. “Nunca fallamos”, habían escrito. ¿Eran varias personas? ¿Un grupo de personas se había aliado para amenazarla? No tenía ningún sentido. Así pues, decidió seguir con su vida, intentando olvidar aquel desagradable evento.

5

La nueva casa iba tomando forma de hogar. Había cambiado las cortinas por unas más modernas, había pintado—ella misma—las paredes del salón, y había decorado las estanterías. Se había acostumbrado a la soledad, e incluso al crujir del suelo. Incluso había entablado relación con algunos vecinos del barrio.

Después de más de cuatro meses del divorcio, ya apenas le preguntaban sobre su exmarido. Recordaba que, cuando anunció su inminente divorcio, todas sus amistades le recriminaban haber tomado esa decisión. Algunos decían que él la adoraba y que debía esforzarse por sacar a flote su matrimonio; otros, que solo era un arrebatado pasajero. Todos se pusieron a favor de él. Es lo que suele suceder cuando una pareja se rompe: nadie se preocupa por quien toma la decisión de poner punto y final.

Había acabado su turno a las cinco de la tarde. Llegó a casa a las seis menos cuarto, y empezó a colocar en los estantes las últimas cajas de libros que quedaban por desembalar. Entonces, sonó el teléfono. Fue a cogerlo muy deprisa, casi corriendo, porque echaba de menos las relaciones humanas después de apenas interactuar unas palabras con las compañeras del trabajo.

-¿Diga?—contestó. Sin embargo, la única respuesta que obtuvo fue una respiración ronca. Quedó en silencio unos segundos, esperando respuesta por parte de su interlocutor, pero lo único que consiguió fue escuchar su aliento entrecortado.

-¿Hola? ¿Hay alguien?—insistió.

-Pron...to—musitó la voz al otro lado del teléfono, poniendo fin a la llamada.

“Pronto”; ese era el escueto mensaje que había recibido. De repente, recordó el incidente de la nota amenazadora de hacía algo más de una

semana, y notó el pulso en las sienas. ¿Tendría esa última llamada algún tipo de relación con aquella nota? Y entonces pensó que quizás, y solo quizás, el misterioso interlocutor no había pronunciado la palabra "pronto", sino más bien algún tipo de sonido gutural similar a esa palabra. Probablemente, alguien se había confundido de número.

Continuó ordenando los estantes con minucioso orden: primero, por tamaño; después, por orden alfabético. Se entretuvo mirando la cubierta de 1984, de Orwell. Entonces, recordó de nuevo la terrorífica nota, y la llamada misteriosa, y pensó en que ambas la habían hecho sentir vigilada, como en la novela. Recordó el mantra que se repetía varias veces a lo largo de la obra: "El Gran Hermano te está mirando". Rió para sus adentros, y continuó ordenando el resto de libros.

Eran las ocho de la tarde, y ya había anochecido. Algo que le molestaba era vivir en una planta baja, y mirar por la ventana bien entrada la noche. Aquello la hacía sentirse expuesta, por lo que decidió correr las cortinas. Echó un vistazo a la pila de cartas que todavía no había abierto: hasta hacía unos meses, el correo no era una de sus responsabilidades. Se dirigió a la montaña de papeles, y fue revisando las cartas una a una, hasta que una de ellas llamó especialmente su atención: un sobre pequeño, sin remitente, con un tono amarillento, como si el papel estuviese envejecido. Lo abrió, y tuvo que emplear unos cuantos segundos en abrir un folio que había sido plegado innumerables veces.

Sus ojos se toparon con una serie de recortes de periódico o revista, cuyo conjunto formaba una frase mucho más escueta que el primer mensaje amenazador que recibió: "Vas a morir, y yo te veré morir". Comenzaron a temblarle las manos mientras observaba las imágenes que acompañaban al mensaje: en una, un cuello siendo rodeado por unas manos robustas; en otra, una navaja. Estrujó el papel con fuerza unos segundos mientras intentaba no gritar, y una lágrima se deslizaba por su mejilla izquierda.

Esta vez pudo reaccionar más rápido que cuando halló la primera nota, y volvió a desplegar el papel, pues era una prueba muy valiosa de lo que ya era innegable: tenía un acosador. Se acercó al teléfono, descolgó el auricular y marcó el 091. No estaba muy segura de cómo relatar los hechos, y no quería que los nervios la hiciesen parecer demasiado exaltada. Cuando consiguió ser atendida por un Agente de Policía, decidió comenzar el relato por la carta que acababa de leer, y después habló sobre la llamada y la nota que recibió por debajo de la puerta.

-De acuerdo, dígame su dirección—respondió el Agente a su relato. No estaba segura de si quería la presencia policial toda la noche en su casa, ya que era nueva en el barrio y no quería despertar rumores. No obstante, le dio su dirección.

Más adelante, dos policías se presentaron en su portal. Le aseguraron haber revisado la zona, y haber comprobado la ausencia de cualquier persona sospechosa de estar acosándola en ese mismo momento.

-Mañana mismo, puede acercarse a Comisaría si desea poner una denuncia. Aún así, nosotros incrementaremos la frecuencia de patrullas por la zona. Y si se siente amenazada y necesita ayuda, no dude en llamar.

Se quedó sin habla unos segundos, sin saber si despedirse de los agentes, o si suplicarles que se quedaran toda la noche patrullando frente a su casa. En un intento de conservar el sentido común, optó por la primera opción.

-De acuerdo, agente. Muchas gracias—dijo, cabizbaja. Y cerró la puerta poco a poco, mientras observaba a ambos policías marchar.

6

Al día siguiente, su turno comenzaba por la tarde. Por tanto, tenía toda la mañana para emplearla en lo que ella necesitara. Pero ya no podía hacer como si no hubiera pasado nada. Desde la noche anterior, se sentía paranoica: caminaba lentamente, observando a su alrededor, con la sensación de que alguien la vigilaba.

Había un detalle en la amenaza de la noche anterior que le parecía especialmente llamativo: mientras que la primera nota estaba escrita en plural—"Nunca fallamos"—la segunda estaba escrita en singular, con ese escalofriante "Vas a morir, y yo te veré morir". Había, por tanto, dos posibilidades: la primera, que su acosador se hubiese equivocado, o hubiese escrito la primera nota en plural para confundirla; o bien, la segunda, que realmente varias personas se hubiesen puesto de acuerdo para asustarla hasta la muerte.

Aquella mañana estuvo haciendo recados. Primero fue al centro comercial, simplemente para no pasar tiempo en casa. Después de unos cuantos días de esfuerzo, su nueva casa había comenzado a parecerse a un hogar; y, rápidamente, volvió a convertirse en un lugar hostil. Más tarde, fue al supermercado, pues había podido comprobar que la vida en solitario solía ir ligada a una nevera vacía.

Volvió a casa y colocó los comestibles en la nevera y los estantes. Sin apenas mirar a su alrededor, cogió las llaves y cruzó la puerta principal. Se subió al coche y condujo, a una velocidad inusual en ella, hacia el hospital. Sucumbió a la tentación y, a través del espejo retrovisor, observó su casa, a lo lejos. Sintió cómo le temblaban los brazos.

Su turno transcurrió ajetreado: dos pacientes tuvieron que ser trasladados a la UCI. En un breve descanso, estuvo muy tentada de contar a una compañera la situación con la que estaba lidiando en silencio. De hecho, sus ojos cansados apenas podían disimular, de modo que una de ellas se atrevió a preguntarle por su estado de ánimo.

-Oye, Julia, ¿estás durmiendo por las noches? — Mónica era una enfermera cerca de la jubilación, y desprendía un tierno aire maternal para con el resto del personal de enfermería, en su gran mayoría mucho más joven.

-No mucho—dudó en dar una respuesta negativa—Ya sabes, la mudanza...

Mónica le dedicó una sonrisa tierna, y le acarició el brazo. Realmente quería contarle todo lo que le estaba pasando, pero aquello requería recordarlo y, además, recordar también que debía volver a casa, al lugar que jamás elegiría de entre todas las posibilidades.

Acabó su turno, y condujo hasta casa, esta vez lentamente. Eran cerca de las doce de la noche, y las calles estaban vacías. Más aún en su nuevo vecindario, únicamente habitado por viviendas. Bajó del coche y caminó hacia el porche, percatándose de que estaba muy poco iluminado. Se extrañó, ya que juró haber dejado encendidas las luces del jardín cuando se marchó aquella tarde, al haber ya comenzado a anochecer.

Mientras se acercaba a la puerta principal, un hedor desagradable le invadía el olfato. Aquel olor se volvía cada vez más intenso conforme más se aproximaba, y encendió la linterna del móvil. Enfocó hacia ambos lados, pero no vio nada llamativo ni fuera de lugar. De ese modo, decidió entrar en casa y encender las luces del jardín para poder investigar mejor.

Salió al jardín y caminó hacia la parte trasera de la casa. Mientras andaba con cuidado de no tropezar con ninguna piedra o grieta, pensó que aquel jardín trasero necesitaba una buena mano de obra y de jardinería. Pero, de repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por una visión horripilante: tres gatos muertos colgaban del único árbol que había en el jardín.

Dudando entre acercarse más o salir corriendo, decidió observarlos desde el punto en el que se encontraba. Cada uno colgaba de una cuerda, y el olor putrefacto era insoportable debido a su avanzado estado de descomposición. Incluso tuvo que taparse la nariz para no vomitar. Entre náuseas y con el corazón en un puño, salió, esta vez sí, corriendo hacia casa, cerró la puerta con un estruendoso golpe, y volvió a marcar el teléfono de la Policía, que de nuevo no tardó en hacer acto de presencia

en su portal.

-Sí, miren, gatos muertos. Vengan conmigo, se lo enseñaré... — apenas podía hilar unas frases con otras, y tenía miedo de parecer una loca. Pero, al menos, se sentía más segura que unos minutos atrás, cuando temía que alguien la observaba allí plantada, queriendo hacerle a ella lo mismo que a esos pobres gatos.

Llegaron hasta la desagradable estampa, y los dos agentes de policía —distintos de la última vez— también tuvieron que fruncir el semblante ante semejante panorama.

-Vale, a ver... A ver, de acuerdo, señorita —comenzó a hablar uno de los policías, claramente afectado por lo que estaba viendo— Creo que lo mejor que podemos hacer es enviar una patrulla para que pase la noche entera frente a su puerta. Por si acaso. Está claro que alguien ha estado queriendo asustarla.

Recordó lo que ella misma se repetía como un mantra desde aquella mañana: "No quieren matarme, quieren darme un susto de muerte".

-Muchísimas gracias, de verdad que se lo agradezco en el alma—contestó ella, al borde de las lágrimas. Realmente se sentía agradecida de poder dormir una noche sintiéndose, al menos, mínimamente protegida. Sin embargo, hubo algo que llamó su atención, y fue que habían sido aquellos dos mismos agentes quienes descolgaron los cadáveres de los gatos, y los lanzaron a un contenedor cercano. Ni siquiera tomaron fotografías, borrando toda constancia del incidente.

No pudo comer nada antes de irse a dormir. Subió al dormitorio, se tomó un diazepam, y se metió en la cama sin cambiarse de ropa. Se mantuvo despierta, al menos, un par de horas, con los ojos abiertos como platos. Después, bajó al salón para comprobar que la patrulla seguía frente a su portal. Volvió a meterse en la cama, y por fin consiguió quedarse dormida.

7

Aquella mañana no fue a trabajar. Llamó para avisar de que se encontraba indispuesta, posiblemente por una subida de garganta. Y con unas décimas de fiebre. La fiebre nunca fallaba. Después, siguió durmiendo unas horas más.

Despertó de golpe, con el corazón a mil pulsaciones por minuto. Miró el reloj, que marcaba las once de la mañana. ¿Cómo había podido dormir tanto? Se levantó de golpe, sintiéndose culpable por haber mentado en el trabajo con la excusa de dormir unas horas más, pero necesitaba aprovechar aquella madrugada de sueño fácil. Una vez en pie, hubo algo

que llamó su atención: en la almohada, junto al lado en el que ella había dormido, había pelo. Se acercó y lo observó. Tomó uno de los pelos entre los dedos, y comprobó que era una cana. Y ella lucía un esplendoroso pelo negro.

Fue al baño y revisó su pelo en el espejo: ni rastro de canas. Ni siquiera en la raíz. De repente, recordó la visita de la policía en su casa, la noche anterior, y bajó corriendo las escaleras para mirar por la ventana: como era de esperar, a esas horas ya se habían marchado. Pensó en cuánto tiempo llevaría, de nuevo, sola y desprotegida.

Aquel día lo pasó cocinando. Desde muy pequeña, ahogaba todos sus pensamientos en la cocina. Primero, se cocinó el desayuno; después, cuando ya había fregado los cubiertos, se decidió a hacer un bizcocho. Pasó una generosa cantidad de tiempo calculando las cantidades: leche, huevos, harina, azúcar, levadura. Después, procedió a comprobar que no le faltaba ningún ingrediente, ni el molde.

Colocó la harina en el tamizador, y quedó embelesada contemplando cómo caían los granos sobre el cuenco. Seguidamente, añadió el azúcar y el resto de ingredientes, y comenzó a remover con una paleta. Los movimientos absorbentes, sumados al mal efecto que generaba en ella el diazepam, la hipnotizaban, hasta que escuchó un golpe que procedía del porche.

Se acercó a la puerta principal, con el brazo ligeramente extendido hacia la dirección del teléfono. Le preocupaba que la policía dejara de tomarla en serio con tantas llamadas, pero prefería aquello a que su acosador –o acosadores– cumpliera con sus amenazas. Lo siguiente que escuchó fueron pisadas, a lo lejos, como cuando se camina sobre hierba o tierra mojada. ¿Podría haber alguien en el jardín donde colgaron los gatos muertos?

Y entonces pensó que, a plena luz del día, no corría tanto peligro si salía al jardín a echar un vistazo. Probablemente, las pisadas perteneciesen a algún animal callejero o, incluso, venían de la vivienda de al lado. Una vez en el jardín, un olor a tierra mojada le invadió el olfato: al parecer, había estado lloviendo la noche anterior. Mientras tanto, ella debía haber caído rendida a los efectos del diazepam. Entonces, levantó la vista y su mirada se topó con el árbol de donde vio colgar los tres cadáveres gatunos, y el olor a tierra mojada fue sustituido por el hedor nauseabundo de aquellos cuerpos en descomposición. Ahogó una arcada.

Cuando se disponía a volver a entrar en casa, algo llamó su atención: en el suelo, en las zonas donde había tierra mojada, se distinguían vagamente unas pisadas. Quedó estupefacta, intentando distinguir el tamaño de la huella, considerando si aquellas pisadas no podían ser las suyas propias, hasta que, de repente, notó cómo alguien le cubría la boca

con una mano y la arrastraba hacia la parte trasera de la casa.

Al mismo tiempo que ella intentaba gritar, el agresor apretaba más fuerte la mano contra su boca, casi introduciendo sus dedos en ella. Y, cuando la hizo girar sobre sí misma con un movimiento brusco, lo hizo sosteniéndole la nuca, de forma que lo único que pudo ver fueron unos deportivos blancos salpicados de tierra. El agresor le colocó, con una destreza alarmante, una especie de cinta con la que cubrirle los ojos, justo antes de pegarle un esparadrapo en la boca.

El agresor la estampó contra la pared de la parte trasera de la casa, y acercó su cara a la de ella, de modo que podía sentir su aliento golpeándole la piel. De repente, el misterioso atacante comenzó a respirar de forma entrecortada, con una especie de sonido ronco que le resultaba familiar; fue entonces cuando recordó aquella llamada de teléfono donde la voz al otro lado pareció susurrar un amenazante “pronto”. ¿Sería aquel el aviso de lo que estaba viviendo en aquellos instantes? ¿El de que pronto ella iba a ser atacada en su propia casa, a plena luz del día, en su patio trasero?

Mientras continuaba notando el desagradable aliento de su agresor contra la cara, esperando el golpe de gracia, notó cómo el visitante se alejaba de ella rápidamente, y escuchó sus pisadas alejarse. Quedó allí, de pie, esperando a que el agresor volviera, e incluso pensó que no se había marchado, sino que había simulado su huida y estaba esperando a que ella misma se descubriera para toparse con él frente a frente. No obstante, pasaban los minutos –se dedicó a contar los segundos–, y no recibió ningún tipo de señal por parte de su agresor. Fue entonces cuando escuchó que, desde la puerta principal, alguien la llamaba:

-Julia, ¿estás por aquí? La puerta está abierta, y no sé si...

Reconoció la voz. Desde luego, no era el hombre misterioso que acababa de atacarla por detrás y amordazarla.

8

Se quitó la venda de los ojos rápidamente, y el esparadrapo de la boca. Le habían vendado los ojos con una cuerda de nylon negra. Mientras tanto, Mónica, su compañera de trabajo, la seguía llamando desde el porche. Por cautela, considerando la gran posibilidad de que el agresor continuara cerca, decidió no contestar y aproximarse poco a poco. Se escondió tras una esquina, y observó a la mujer, de unos cincuenta y largos, en la entrada de la casa, temerosa de entrar o quedarse fuera esperando.

-¿Julia? ¿Julia? ¿Qué haces ahí? — la había visto asomarse, escondiéndose

en su propio jardín. Se sintió ridícula.

-Mónica... es que... estaba... estaba en casa, oí pasos, salí y...

En este punto, se sentía más ridícula aún. Además, todavía le temblaban las piernas, los brazos y la barbilla. Y se dio cuenta de que todavía llevaba la cinta de nylon colgando del cuello. Mónica se acercó lentamente, la agarró por los brazos, y la ayudó a guardar la calma.

-Me han atacado. Me vendaron los ojos con una cinta, y me taparon la boca. Quien fuera, ha debido asustarse al oírte llegar — en este punto, echó a llorar.

-Por Dios bendito, ha debido ser un intento de robo, al ver la puerta abierta. Menos mal que he venido, hija. ¡Menos mal! — mientras repetía “menos mal” un número incontable de veces, sacó el móvil del bolso, probablemente para llamar a la policía.

-Venga, vamos dentro y te relajas — concluyó, después de avisar a las autoridades.

9

La policía volvió con la misma respuesta de siempre: incrementarían la vigilancia por su zona, y siempre podía interponer una denuncia en comisaría. Además, aquella noche volvería a haber una patrulla frente a la vivienda. No obstante, el tono de los agentes que acudieron al domicilio fue, esta vez, mucho más frío y reticente.

-Y, ¿dice que la ha atacado a plena luz del día? ¿Y no vio nada? —preguntó uno de los dos policías, con la típica faceta de “poli malo”.

-No, ya se lo he dicho, solo vi unas zapatillas blancas... Me sorprendió por la espalda, y enseguida me tapó los ojos y la boca para que no pidiera ayuda. No pude ver más...

Los dos policías cruzaron una mirada, y uno de ellos apuntó en una libreta. Después, la avisaron de que una patrulla acudiría a la calle a las ocho de la tarde, y se marcharon. Mónica se quedó con ella unas cuantas horas, hasta que se acercó la hora de comenzar su turno en el hospital.

-...y mañana, si no quieres, no vayas. Yo te cubro —volvió a acariciarle el brazo, y quiso suplicarle que no se marchara.

-No te preocupes. De verdad, muchísimas gracias. Mañana iré a trabajar, todo con tal de no quedarme en casa.

La mujer se marchó, no sin antes echar una mirada atrás mientras ella la observaba desde el porche. Y volvió a quedarse sola.

10

Habían pasado cuatro días desde la agresión en el jardín, y la policía llamó para avisar de que ya no acudirían más patrullas por las noches, ya que no lo consideraban necesario. La intrusión de aquel día fue tomada como un intento de agresión fallido, y nada más. A esas alturas, ya debían pensar que estaba loca.

Durante esos días en los que gozó del privilegio de la vigilancia domiciliaria, no sufrió ningún incidente. Ni agresiones por la espalda, ni llamadas misteriosas, ni notas amenazantes por correo ni por debajo de la puerta. Sin embargo, nada de eso la hizo sentirse menos vigilada; menos en alerta.

Quizás, la presencia de la policía había asustado a su acosador –o acosadores—, pero aquello no la hacía sentir mejor. No se explicaba quién podría odiarla hasta el extremo de querer asustarla hasta ponerla al límite de su aguante, ya que, como ella siempre pensaba, no querían matarla, sino asustarla.

Durante aquellos días, recibió la visita de Mónica un par de veces. Le llevaba comida caliente y ansiolíticos, y en una de las ocasiones se quedó con ella hasta que se quedó dormida, por la noche. Sin embargo, cuando despertaba sola cada mañana, se preguntaba por qué se había separado de su ex. Probablemente, de no haberse mudado sola, nada de todo aquello habría sucedido. Hasta tal punto alcanzó su desesperación.

Aquella noche se sintió más observada de lo habitual. Corrió todas las cortinas y dejó la llave echada en la puerta principal. Después se metió en la cama y, víctima del cansancio emocional, cayó rendida en cuestión de minutos, hasta que unos golpes la despertaron. Abrió los ojos lentamente mientras el sonido procedente del exterior la hacía saber que llovía. Mientras, los golpes continuaban.

Giró sobre sí misma y comprobó que el ruido no venía del propio dormitorio, ni siquiera de la planta superior. Escuchó con mayor atención, y cayó en la cuenta de que los ruidos venían de abajo, probablemente golpes contra una de las ventanas. De nuevo, en un intento por autoconvencerse de que todo iba bien, pensó que podían ser las propias gotas de lluvia, impulsadas por el viento, las que causarían los golpes contra el cristal.

No obstante, los golpes se convirtieron en un sonido de cristales rotos, como si algo –o alguien— hubiera atravesado la ventana. En ese punto, comenzó a temblar, pero se vio incapaz de producir ningún sonido. Buscó

el móvil por la habitación desesperadamente, hasta que recordó que lo había dejado en la mesilla del salón antes de marcharse a dormir. No tenía otra opción, si quería buscar ayuda, que bajar a la primera planta.

Después del sonido de los cristales, no volvió a escuchar nada inusual: ni golpes, ni pisadas. Por tanto, era más probable que alguien hubiese lanzado un objeto contundente contra la ventana para romperla, más que para entrar en la casa, de modo que decidió bajar lo más rápido posible.

Salió del dormitorio, encendió las luces, y bajó las escaleras como una exhalación. La planta baja estaba a oscuras y, efectivamente, observó los cristales hechos añicos de una de las ventanas. Lo que más le llamó la atención fue que las cortinas de aquella ventana estaban descorridas, cuando ella las había corrido todas y cada una antes de ir a dormir.

Fue en ese momento cuando escuchó, de nuevo, pisadas alrededor de la casa. Mientras comenzaban a temblarle las rodillas, se acercó a la cocina, y cogió un cuchillo carnicero de la barra americana. Las pisadas cesaron, mientras ella permanecía inmóvil, observando la puerta principal, con el cuchillo fuertemente agarrado en la mano izquierda. Se sentía preparada para defenderse, al contrario que en las anteriores ocasiones. Y así pareció entenderlo el propio destino, pues pocos minutos después una silueta cruzó la puerta, y se dirigió hacia a ella a toda velocidad.

El agresor llevaba la cara tapada por un pasamontañas. A pesar de la rapidez de los acontecimientos, pudo distinguir un cuerpo robusto, lo cual también pudo comprobar por la fuerza con la que se abalanzó sobre ella para quitarle el cuchillo de las manos. Forcejearon unos segundos, hasta que el agresor consiguió arrebatarse el arma, le agarró la mano para colocársela contra la mesa, y le clavó el cuchillo en el dorso, atravesando a su vez la propia madera.

-¡AAAAAAAAAAAH!—fue lo único que alcanzó a pronunciar, mientras caía rendida entre una nube de miedo y dolor.

El hombre se acercó a ella, consciente de que había ganado la batalla. Pegó la boca contra su oreja, y volvió a respirar hondo, disparando el aliento contra su piel. Ella notó su respiración entrecortada. Aquella respiración ronca. Mientras tanto, todo su alrededor se difuminaba poco a poco, hasta se mareó y cerró los ojos.

11

Hoy tocaba arroz hervido con zanahoria. Ese era el plato estrella del hospital. O al menos eso era lo que había aprendido durante su tiempo de paciente, y no de enfermera. Había estado cuatro días hospitalizada después de que un desconocido se colara en su casa en mitad de la noche, la golpeará y le clavara un cuchillo atravesándole la mano entera,

dejándola amarrada a la mesa de la cocina.

Despertó unas horas más tarde, ya en la cama del hospital, con dos de sus compañeras atendiéndola. Al parecer, el agresor la golpeó en la cabeza de forma contundente, pero la adrenalina de aquel momento mitigó el dolor hasta que se desmayó. Al día siguiente, la policía se presentó en el hospital para tomarle declaración, pero, de nuevo, se mostraron reticentes a creer su versión de los hechos.

-A ver si me aclaro... ¿Dice usted que un hombre entró en su casa, lo vio entrar de frente por la puerta, forcejeó con él, le clavó un cuchillo, pero no sabría describir ningún rasgo físico sobre él? –aquel policía la miraba como si estuviese hablando con una niña de seis años.

-Le estoy diciendo que llevaba la cara tapada, que estaba oscuro y que fue todo muy rápido. Además, no recuerdo bien los hechos, más allá del forcejeo y de verme el cuchillo clavado en la mano.

La policía se llevó su declaración por escrito y afirmó que tendría noticias tuyas. No la creían, pero era su trabajo investigar o, al menos, hacer como que se interesaban en su caso. Pero estaba sola. Completamente sola.

Cuando abandonaron su habitación, observó a los dos policías hablando con una de las enfermeras. Señalaban hacia mí con la mirada, y ella asentía. No estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera leerles los labios, pero una cosa estaba clara: tramaban algo contra ella. Cuando se marcharon, la enfermera –muy joven y probablemente recién llegada, ya que no le sonaba de verla por los pasillos siquiera –entró en la habitación, le tendió la mano unos segundos, y la miró fijamente.

-Julia, la policía ha estado estos días en contacto con el hospital. Han estado investigando, y no son capaces de encontrar rastro de ningún sospechoso. ¿Estás completamente segura de tu versión? ¿No hay nada que quieras añadir, o cambiar, sobre tu historia?

En ese momento, corroboró que, efectivamente, estaba sola.

-No, no quiero cambiar nada. Sé lo que vi.

-A ver... hemos estado pensando, y quizás hay otras vías por las que te puedan ayudar. A lo mejor deberías ir a terapia psiquiátrica, Julia. Tú misma como enfermera lo sabes, hay ciertas enfermedades que nos hacen ver cosas que realmente no existen. Están solo en nuestra cabeza.

Y, en ese momento, quiso gritar y salir corriendo. "Solo en nuestra cabeza". ¿Y las cartas? Las había guardado en la mesilla de noche. ¿Eso también estaba solo en su cabeza? ¿Y la cinta de nylon con la que le

vendaron los ojos? ¿Y la ventana rota?

-¿Por qué no se va a la mierda? – contestó.

12

Le habían dado el alta cinco días después de ser atacada en mitad de la noche, agredida a golpe de cuchillo, trasladada al hospital y tomada como una lunática. Por supuesto, rechazó la “ayuda” psiquiátrica ofrecida por el personal sanitario, y decidió que ella misma daría con la identidad de su atacante. Él ya había conseguido lo que quería: asustarla hasta la muerte. La otra opción era matarla, y, al fin y al cabo, a ella ya no le quedaba nada.

Decidió volver a casa sola, a pesar de que Mónica se había ofrecido en acompañarla (¿pensaría ella también que estaba loca?). Salió del hospital con una muda que su compañera le había traído. Le prestó las llaves de casa –las cuales hubo que recuperar avisando a un cerrajero para poder entrar—, y las volvió a dejar bajo el felpudo de la entrada principal aquella misma mañana.

Cuando estaba cerca de casa, le sonó el móvil. Número privado. En ese momento, dudó entre descolgar, colgar, o simplemente dejarlo sonar, pues algo le decía que aquel número pertenecía a la misma persona que la atacó en su casa hacía unos días. Tras unos segundos, descolgó.

-...¿Diga? –contestó, sin saber muy bien de qué forma contestar a una llamada de tu acosador.

-Brrrrrrrr... Cccccccc –el interlocutor comenzó a pronunciar onomatopeyas, una serie de sonidos guturales ininteligibles.

-¿Hola? ¿Hay alguien?

-Ccccc... carne... muerta... pronto –terminó por contestar la voz desde el otro lado del teléfono, y finalizó la llamada.

Carne muerta pronto. Así que a eso se refería aquella primera llamada.

13

En aquella ocasión, no le temblaron todas las extremidades de su cuerpo. Ni siquiera le flaquearon las fuerzas. Aquella última llamada supuso un punto de inflexión, un antes y un después en su actitud: había tomado conciencia de que, efectivamente, estaba completamente sola en una lucha contra su agresor o, quien sabe, agresores. Y aquella llamada era una señal de que, probablemente dentro de un corto plazo de tiempo, iban a volver a por ella. Por tanto, decidió ser ella misma quien revelara la

identidad de aquellos que la estaban intentando asustar, literalmente, hasta la muerte.

Se marchó a casa a pasos agigantados, casi corriendo. Durante el camino, notó cómo las gentes la observaban, preguntándose qué hacía una mujer vestida con ropa de vestir, y con una mano vendada, corriendo en plena calle, aparentemente sin nada ni nadie de quien huir. Conforme se aproximaba a su vecindario, notaba cómo las caras se volvían conocidas, y su semblante de incredulidad más marcado. Probablemente, sus vecinos ya se habrían enterado de lo que le había pasado o, al menos, de la versión oficial que abogaba por que una desequilibrada mental.

Llegó a su porche y, en ese momento, la descarga de adrenalina que la había impulsado para llegar corriendo hasta su casa se desvaneció de golpe. Allí delante, de vuelta al lugar donde más desprotegida se había sentido nunca, quedó paralizada, absorta en un mar de *flashbacks*: la nota por debajo de la puerta, la carta, la llamada, el ataque en el patio trasero... Y la agresión a punta de cuchillo en su cocina. Y, entonces, fue en ese momento cuando cayó en la cuenta de que, después de todo a lo que había estado expuesta, después de todo el miedo y el sufrimiento, poco más le quedaba por temer. Y así fue como, poco a poco, consiguió deshacerse de la ansiedad que la había abrumado durante unos segundos, y se acercó a la puerta. Sacó la llave de debajo del felpudo, y entró en casa.

En un principio, en la estampa con la que se toparon sus ojos no había nada fuera de lo habitual: a la derecha, podía ver el salón; a la izquierda, la cocina; y enfrente, justo delante de ella, las escaleras. No fue hasta que dio un par de pasos, cerró la puerta a sus espaldas y encendió las luces cuando descubrió que el horror que la aguardaba.

Todas las paredes habían sido cubiertas por fotografías, y podía distinguir mensajes escritos en algunas de ellas. Se acercó a una de las paredes, y continuó el recorrido por toda la planta baja: imágenes de morgues, llenas de cadáveres, rodeaban su cocina y salón. Y, en algunas de esas imágenes, se podía leer un mensaje familiar: "Pronto". Mientras inspeccionaba algunas de las imágenes más detenidamente, notaba cómo se le nublaban los ojos, y volvía a sentir la misma sensación que cuando encontró los gatos muertos en el árbol, una mezcla entre terror, rechazo y asco.

Un escalofrío le recorría la espalda mientras apretaba la boca y los puños con tal de no gritar. Pensó en qué clase de persona es capaz de colarse en una casa sin ser vista, llenar las paredes de fotografías sin llamar la atención, y marcharse con total impunidad. Una cosa estaba clara, y era que toda aquella trama no era cosa de una sola persona. Lo que no alcanzaba a comprender era qué clase de delito había cometido ella, recién divorciada, sola, y recién llegada al barrio, para que nadie quisiera

hacerle vivir aquel tormento. En ese momento, decidió que continuar en aquel lugar era la opción más insensata. No podía seguir viviendo bajo esas cuatro paredes, donde ya la habían localizado, conocían la casa, y todos los movimientos de ella durante el día.

El primer paso para marcharse era hacer un rápido equipaje. Subió al dormitorio –en la planta superior también habían colocado las fotografías minuciosamente– y preparó una pequeña maleta. Después, bajó las escaleras, echó la vista atrás unos segundos, y cruzó la puerta principal. Ni siquiera valió la pena molestarse intentar llevar consigo algo de comer, ya que estaba segura de que en la nevera no quedaba nada sólido ni en fecha.

Se subió al coche y condujo hasta el supermercado, donde gastó, aproximadamente, unos quince minutos de su tiempo de huida. Compró agua, arroz, pasta y sándwiches. Después, regresó corriendo al coche. Condujo durante una media hora sin rumbo, decidiendo qué dirección tomar, hasta que pensó que lo mejor sería detenerse en algún lugar para hacerse un croquis mental de su ruta. De ese modo, aparcó en un *parking* público, sorprendentemente poco concurrido para la hora que era. Sacó el móvil del bolso y abrió *Google Maps* para situar su ubicación en un mapa, cuando fue interrumpida por una voz que le resultaba tremendamente familiar:

-¿Julia?... Julia, ¿eres tú? –la voz sonaba más cercana a cada segundo. Miró por la ventanilla y quedó anonadada por volver a ver aquel rostro después de tanto tiempo. Aquella cara, ya desdibujada en sus recuerdos, regresaba de entre los muertos. Y esas manos, esas manos... ¿qué llevaba en las manos?

No podía ser. No. Sí. Sí podía. Era completamente posible. Acababa de resolver el misterio.

14

-No me lo explico, de verdad que no me lo explico... Esto es una pesadilla
-Mónica no dejaba de mirar el periódico con incredulidad.

El personal de enfermería se encontraba en su descanso de media mañana, alrededor de la máquina de café. Nadie de los allí presentes se atrevía a comentar la noticia, que había dejado a todo el mundo con el alma por los suelos.

-Es que no me lo explico... Es que no hicieron nada. No hicieron nada...

Mónica continuaba haciéndose cruces, apoyada en la repisa de la sala de descanso del personal sanitario. Cerca de ella, miraba fijamente al suelo la enfermera que había sugerido a Julia internamiento psiquiátrico, semanas

atrás. Y es que en la nueva edición del periódico semanal, en portada, aparecía la resolución de la desaparición de Julia Andrade, perdida sin rastro tres semanas atrás después de haber sido dada de alta tras haber sufrido una agresión física en su propia casa.

La noticia corrió como la espuma por el hospital, lugar de trabajo de Julia. De acuerdo con algunas fuentes, la policía trabajaba con la hipótesis de que, dado su evidentemente dudosa estabilidad mental, la mujer hubiera planificado su suicidio, y lo hubiera simulado de forma que pareciera un homicidio. Y, de acuerdo con los rumores, aquel no había sido salvo otro intento de llamar la atención de la joven que, después de unas cuantas visitas de la policía a su casa, necesitaba llevar la situación mucho más al límite. Y, accidentalmente, perdió el control, y murió.

Estos rumores se contradecían con la forma en que fue hallada Julia. Y es que, aunque no imposible, resulta complicado creer que una persona, sin ayuda de nadie, pudiera acabar con su vida de aquella manera: hallada en una zanja en posición fetal, atada de pies y manos, con una soga rodeándole el cuello, con la que fue estrangulada.

15

Tomó aliento por fin. No tenía más remedio que salir huyendo lo antes posible, después de acabar por fin con ella. No obstante, quiso echar la vista atrás y contemplar su cuerpo una última vez: allí, tirada en aquella zanja, le recordó a todas aquellas noches en las que la observó dormir, siempre en el lado izquierdo de la cama.

Aquella estampa era una de sus favoritas, si no la mejor. Incluso tuvo el valor de tumbarse a su lado una noche, escuchando su respiración. Lamentablemente, no le quedó más remedio que volver a esconderse pocos minutos después. Ella siempre tuvo el sueño ligero.

Allí, en la zanja, casi parecía respirar. Comprendió cuánto había merecido la pena todo lo que le había hecho: todas las amenazas, al principio, fueron efectivas. Todo mereció la pena para que, sintiéndose desprotegida, se quedase a su lado, en casa. Nunca juntos, pero siempre compartiendo los mismos metros de tierra. Siempre cerca. Sin embargo, hacerle daño fue el mayor error que pudo cometer: la apartó de él, y la impulsó a abandonarle para siempre. Aquello era algo que no podía permitir.

Por eso pensó que allí, tumbada en aquella pequeña tumba, por fin había encontrado la paz. Un pequeño homenaje. Su sufrimiento había acabado. Ya no volvería a sentir temor. Nunca más. Por su parte, podía sentirse bien por jamás haberla abandonado. Rió de sí mismo unos segundos cuando se dio cuenta de que ella había marchado para encontrar fuera, en

el exterior, lo que siempre había estado con ella.

Podía ser feliz. La había hecho sentir como en casa. Como en casa.